

Niño Negro

Viglietti • Acosta



Viglietti, Nicolás

Niño negro. - 1a ed. - Córdoba : el autor, 2015.

194 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-33-8171-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 15/07/2015



Contamusa

www.editorialcontamusa.com.ar

facebook.com/contamusa

Andrés Acosta:

www.artstation.com/artist/karnevil9



HOLOGRAMA

Corrector Matías Zanetti:

<http://hologramacomics.com.ar/>



Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Esta licencia permite copiar,
compartir, distribuir, exhibir, modificar y crear a partir de la obra de modo no
comercial, bajo la condición de reconocer a los autores y mantener esta licencia
para las obras derivadas. creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

Niño Negro

Escrito por Nicolás Viglietti
Ilustrado por Andrés Acosta



Siempre que contemples la belleza en una planta,
Pregúntate que tan nutrido ha de ser su abono.

*-Viajes Interestelares, Apéndice sobre la Flora
Espacial*



LA FLOR CÓSMICA

-Capítulo 3-

Dio la casualidad de que el Niño Negro, que continuaba vagabundeando los espacios anteriores a las estrellas, se encontró a si mismo circunnavegando un planetoide de aspecto curioso. Casi sin darse cuenta, o sin quererlo, empezó a moverse alrededor de ese planeta diminuto, dejándose atrapar por la gravedad al principio; moviéndose voluntariamente alrededor de él, luego.

Y es que venía ocupado en pensarse y se divertía utilizando aquellos regalos nuevos, la telepatía y la palabra, para definir cosas. Con la telepatía, claro está, no necesitaba inventar palabras. No necesitaba inventar la palabra brazo, por ejemplo. Simplemente tenía que hacer pensar a su interlocutor en su brazo, y se acababa la terminología. Todos sabían a qué se refería cuando pensaba dentro de ellos. No había lugar a malentendidos con la telepatía.

Sin embargo, cuando se percató de que había estado dando vueltas a aquel planetoide durante tanto tiempo, empezó a preguntarse por qué; qué es lo que lo atraía, y cómo. La respuesta vino de la mano del descubrimiento del color. Aquel planetoide estaba pintado por varias tonalidades de varios colores que sus ojos, completamente negros, no habían visto nunca. Y es que el vacío infinito del espacio monocromo que venía recorriendo solo le arrojaba una gama muy limitada de coloración. Todo se resumía, sin grandes expectativas, al rojo de su lengua y a lo pequeño de su mundo sin colores.

Decidió descender cuando vio que había otras criaturas agrupadas alrededor de lo que parecía ser el centro de aquel planetoide. Verán, todo el cuerpo celeste estaba pintado por las más variadas tonalidades de colores, colores que el Niño Negro se deleitaba en distinguir; pero había algo en aquel punto que agrupaba a las criaturas, algo mucho más grande que aquellos seres pero que se veía diminuto desde la órbita del planetoide. Aquella cosa, fuera lo que fuera, agrupaba todas las tonalidades en sí, que se mezclaban en una hermosa sinfonía. Así lo notaron los ojos negros del Niño Negro, que devoraban los colores como si fueran caramelos.

Decidió bajar para ver un poco mejor. Aquella cosa se abría en varios brazos, como si fuera un racimo de estrellas, y la luz natural del sol cercano reflejado en la luna de aquel planetoide resaltaba todos aquellos colores. La luna era de color caramelo, y su luz, tenue pero firme a la vez, resaltaba en característica los colores de esta tonalidad. No tardó el Niño Negro en notar que, pese a la bella luz de luna, aquella cosa tenía su luz propia, que emanaba en forma de fosforescencia alrededor de esas criaturas. Y pronto notó que aquella cosa se movía; muy lentamente, pero se movía. Entonces se dio cuenta que esa cosa estaba viva.

Era hermoso contemplarla. Superaba el tamaño del Niño Negro varias veces, y no pudo evitar verse pequeño en comparación. Tenía las piernas hundidas en la superficie de aquel planetaide multicolor, que en esa zona aflucía de manera fantástica y concéntrica, rematada por aquel ser viviente que se movía casi imperceptiblemente, como respirando. Las piernas de la cosa eran de tonalidad verduzca, marrón, amarillenta en algunas zonas; pero lo más bello era cómo cada color se diluía en el próximo, y éste en el siguiente, y así sucesivamente.

Los brazos eran enormes, y si bien no eran carnosos, tenían la textura del vientre y la cara del Niño Negro; lo supo sin tocarlo, sin saber cómo. También intentó comunicarse con aquella cosa, pero no obtuvo respuesta.

Una vez roto el encanto que aquel ser ejercía sobre él, empezó a notar a las criaturas. Éstas eran de muy diferentes tamaños y complejidad, y de repente se dio cuenta de que no eran criaturas hermanas, que ninguna venía de aquel lugar ni habitaba aquel planetaide. Todas eran diferentes, todas sumidas en la actitud más profunda de paz, frente a la criatura muda.

Un grupo de criaturas llevaba equipo encima; se notaba que lo necesitaban para sobrevivir en ese lugar. Uno de ellos lo vio, flotando sobre la escena, y largó una serie de sonidos que no gustaron para nada al Niño Negro. Eran realmente pequeños, de la mitad de su tamaño, y mascullaban en aquel idioma incomprensible. No eran agresivos, nada lo era en derredor de aquel ser multicolor y hermoso.

-¿Vienen de muy lejos?- preguntó el Niño Negro telepáticamente. Aquellos seres no eran telépatas, pero no importaba; el Niño Negro hablaba en sus mentes, y ellos contestaban en sus

mentes. El lenguaje universal de los pensamientos los ayudaba a entenderse.

-Venimos desde Jolasar, detrás del Sistema Séptimo. ¿Tú también vienes a honrar a la Flor Cósmica?-

El niño no comprendía la palabra Flor, pero sintiendo a qué se refería su interlocutor terminó de entender.

-No, viajaba en derredor y la vi de lejos. Así que está viva, después de todo-

-Claro que sí- contestó el Jolasariano -Es a ella a quienes varios de nosotros debemos nuestra vida-

El Niño Negro volvía a caer en la incompreensión. El Jolasariano sintió su duda sin palabras y decidió contarle la historia de la Flor Cósmica, para que entendiera por qué razas tan diferentes podían reunirse alrededor de ella en tan completa quietud.

-Hace muchísimos años, todos nosotros, todos los pueblos que ves aquí, peleábamos una guerra interminable. Éramos diecinueve sistemas en guerra, y no podíamos encontrar la manera de acertar con la paz. En este sistema, justamente cerca de este Planetoide, hubo una gran batalla no hace mucho. Este Planetoide era estéril entonces, pero recibió todos los restos de aquel combate y quedó nutrido con aquello que cayó de los cielos. Luego, desde las ruinas que habían quedado esparcidas, surgió la Flor-

El Niño Negro contempló la belleza de la Flor y se sintió tranquilo cerca de ella. Apoyó su mano sobre una de las raíces y sintió todo el poderío de aquella planta. Recorría el Planetoide entero y mucho, mucho más.

-Desde entonces, los Diecinueve Sistemas estamos en paz- concluyó el Jolasariano –Y cada determinado tiempo, nos reunimos aquí a honrarla-

Un miembro de otra raza, una raza bellísima que tenía alas y no necesitaba equipo para sobrevivir a los rigores del espacio, se acercó a los pétalos de la gigantesca flor. Se zambulló en ella y los pétalos se cerraron, despidiendo un destello de color azul. Luego, la planta entera pareció contraerse y hacer fuerza hacia abajo, hacia las raíces. Cuando la flor volvió a abrirse, no quedaba más nada que la flor, y aquel miembro de la raza alada había desaparecido.

El Niño Negro no terminaba de comprender qué era lo que había pasado. Sin querer comprenderlo del todo, en realidad, preguntó al Jolasariano respecto a aquello, y respecto a cómo habían ganado la paz tan de repente.

-Es realmente simple- contestó el Jolasariano –Esta Flor tan bella, que despierta un aura de paz tan hermosa y tan apacible, nos necesita a nosotros como alimento. Lo comprendimos cuando la vimos nacer. Comprendimos que, de no alimentarla regularmente, invadiría nuestros mundos y lo consumiría todo-

El Niño Negro se sintió horrorizado por aquella paz pagada con sangre, con sangre silenciosa que diecinueve razas pagaban sin que el universo entero supiera que estaban manteniendo a raya a un ser peligrosísimo e inabarcable. Era por eso que había sentido aquella sensación de que la Flor abarcaba todo el Planetoide y más allá; era porque la propia Flor abarcaba muchos mundos, muchas lunas.

-No es tan malo, en realidad- dijo el Jolasariano, adivinando las emociones del Niño Negro –Cada determinados ciclos,

venimos los seleccionados y pasamos a formar parte de todos. Los Diecinueve unidos bajo una sola propuesta, los Diecinueve unidos bajo una sola forma; alimento. Si eso no es hermandad, si eso no es paz, no sé qué lo será-

El Jolasariano se despidió entonces de sus compañeros y del Niño Negro y saltó dentro de la flor. Nuevamente los pétalos se cerraron y nuevamente hubo ese gesto de empujar hacia abajo, junto con un sonido como de tragar y un destello de luz anaranjada. Cuando la flor se hubo abierto, no quedaba más nada.

El Niño Negro meditó un poco. Contempló la Flor, contempló a los miembros de aquel pacto unánime y supo que aquellos pueblos pagaban la paz del Universo entero con la sangre de sus hijos. Si era como parecía, aquella planta podría ser tan abarcativa como para destrozar gran parte de los sistemas que le rodeaban. Pero el Niño Negro no se atoró con aquellos pensamientos; quiso y pudo ver la paz, aquella paz de gigante dormido que tenía la Flor, como de un gordinflón satisfecho luego de la comida. Aquel era el aire, aquella la sensación.

El Niño Negro pensó que quizás la belleza de aquel planetoide y aquella Flor venía de, justamente, la conjunción de todas aquellas razas; la batalla congelada, hecha planta, viviría para siempre devorando a sus propios hijos.

No pudo contenerse. Casi sin darse cuenta, a lo largo de todo ese tiempo, su lengua larga, larga, larga, había ido desenrollándose para lamer los pétalos de aquella Flor, tan sublimemente hermosa. Cuando la lengua tocó un pétalo, tuvo la sensación de estar saboreando miles de cosas a la vez. Recordó muchos pensamientos al azar, pero también recordó lo que había sido

lamer la estrella. Lamer una estrella era muchísimo mejor que esto, pero se le asemejaba bastante. Sin saberlo, estaba saboreando no sustancias, ni tampoco sabores, sino a los colores mismos. Supo esto porque cuando lamía los pétalos multicolores veía aquellos colores permanentemente plantados en su memoria.

Lo que no había percatado era que la Flor era increíblemente sensible. Luego de que la Lengua se apoyara lo suficiente, se cerró y comenzó a tragar, intentando llevárselo dentro, con el resto de los Diecinueve, dentro del cementerio bellísimo que era aquel Planetoide.

El Niño Negro no se desesperó, pero sí se alarmó. La Flor tenía la fortaleza de todo un Planeta, de toda una Batalla, de Diecinueve pueblos masacrándose durante mucho tiempo. La Flor tenía una fortaleza indecible, y el Niño Negro no quería hacerle nada; era demasiado bella, aún a pesar de ser una belleza horrorosa que se pagaba con vidas; y, además, era la razón de la paz de diecinueve pueblos. No podía dañarla, y sin embargo, la Flor no soltaba su lengua y continuaba tirando, cada vez con más fuerza.

Las criaturas se congelaron al ver esto. Pero más paralizadas quedaron al ver la única respuesta posible de aquel Niño Negro ante la inminente deglución; tomando el monstruoso pétalo más cercano, lo devoró por completo y con una rapidez que no sabía que tenía. Sus mandíbulas se ampliaron de repente, por instinto, y si bien era la primera vez que comía y no sabía cómo se sentía, las cosas le resultaban demasiado naturales. El Pétalo se deshizo en dentelladas y la Planta, herida, soltó el resto de su lengua.

El Niño Negro pensó por un instante en que jamás debería haber hecho eso. ¡Qué delicia era saborear con toda su larga, larga, larga lengua, aquel pétalo multicolor! No era similar a la estrella, era completamente diferente, pero, ¡tan deliciosa! No

tenía hambre, no tenía necesidad de comer... pero necesitaba seguir saboreando aquella cosa. Si, necesitaba de la sensación de plenitud que aquella planta le otorgaba al lamerla.

El Niño Negro, con la ayuda de su larguísima lengua y alterándose a si mismo, casi como un títere mal hecho, devoró con una rapidez y una violencia inusitadas, que no sabía que tenía dentro suyo. Saboreó todo; los pétalos, que se resistieron, el tubo colector, que se sacudía; y finalmente, las Raíces, que rehusaron con terrible fuerza a ser arrancadas.

Él comía, y comía, y continuaba comiendo. Sin saber cómo, se metió bajo tierra, siguiendo las raíces, y continuó devorando a la Flor hasta que no quedó más rastro de ella que la tierra teñida de colores y abonada por miles de seres inmolados en su altar.

Las criaturas estaban sinceramente aterrorizadas. Pero el Niño Negro no sentía ninguna gana de seguir comiendo, ni tampoco estaba lleno; de hecho, lo único que lo dejaba sereno era, justamente, la paz que transmitía esa Flor, que ahora estaba dentro suyo. Sin embargo, miraba a las criaturas con gesto de curiosidad porque sin saberlo, o a sabiendas, les había quitado su excusa de paz.

Las criaturas rompieron a llorar, mirándose unas a otras. Le pidieron al Niño Negro que se quedara allí y los devorara, que intentara resucitar a la Flor, que necesitaban ese pacto de no-agresión, que los aniquilara antes de continuar declarándose inútilmente la guerra.

El Niño Negro no tenía la más mínima intención de quedarse allí. Además, sin la Flor que le diera un bonito aspecto, el Planetoide comenzaría a afearse y a revelar su verdadera naturaleza; la de cementerio.

Sin embargo, antes de irse, quiso decirles algo a aquellas criaturas. No se sentía bien dejándolos a la vera del Universo, sin su Flor asesina ni su costumbre de cada tanto. Así que si bien no era su costumbre ni su mejor habilidad, les dijo lo que pensaba, lisa y llanamente:

-Una gran amenaza genera la paz y la colaboración, por el miedo al aniquilamiento. La Flor era algo que los llevaba a la Paz, pero no debería haberse convertido en costumbre. Dentro de ella saboree infinitud de cosas, sentimientos, sabiduría, colores y hermosura de sus pueblos. Si pudieron crear algo tan bello en la guerra, no dudo que podrán crear algo mucho más hermoso en la paz-

No quiso decir más. Lentamente, y con el aura de Paz que aquella Flor le había conseguido, se elevó para irse nuevamente. No podía haber mayor sensación que aquella, la de elevarse a la inmensidad del espacio con aquella sensación de paz inacabable que le llenaba el pecho.

En el planetoide, un pequeño retoño se había salvado de la saña del Niño Negro. Pero no tuvo mucho tiempo más de vida, pues una de esas criaturas, que la había notado antes de irse, la pisoteó sin violencia pero con firmeza.



-Fin del capítulo 3-

Próximo capítulo
El Cometa Vergonzoso



Contamusa